

RECENSIONES

Jiménez Gamez, R. (2004). *Inmigración, interculturalidad y currículum. La educación en una sociedad multicultural*. Morón (Sevilla): Publicaciones del M.C.E.P., 322 pp.

En España, con la creciente inmigración y la necesidad de su acogida y tratamiento educativo en la escuela, se ha generado a partir de 1992 toda una literatura en torno al tema por parte de pedagogos, sociólogos y antropólogos. En muchos casos se ha acudido a los planteamientos norteamericanos, hegemónicos intelectualmente, que – como advirtió Nathan Glazer– no tienen que ver con los contextos europeos, puesto que las diferencias culturales tienen un origen histórico determinado y las demandas interculturales requieren distintas respuestas educativas. En este caso, el libro de Rafael Jiménez (profesor de Didáctica y Organización Escolar en Cádiz), realiza una extensa lectura de toda la literatura española sobre el tema, debidamente reconstruida y asimilada por el compromiso del autor con la realidad multicultural de nuestras escuelas, para presentar un manual casi completo (de la teoría política o filosófica a las prácticas docentes) de la educación intercultural. Como declara en el texto, “cuando nos adscribimos al interculturalismo lo hacemos como militantes, comprometidos en una lucha, cargada de afecto y emoción, por ayudar a los inmigrantes y, al mismo tiempo, como una manera de resaltar los problemas de la sociedad de acogida” (pág. 130).

El libro se divide en tres partes, de las cuales la más extensa (más de la mitad) es la última, en la que se consagra específicamente al tratamiento educativo de la multiculturalidad y su implementación en el currículum escolar. Las dos primeras se dedican, respectivamente, al contexto sociopolítico, donde las migraciones han acentuado la multiculturalidad; y a conceptos y teorías que explican la construcción de la diferencia y la ciudadanía. Así, la Primera (*La sociedad multicultural, globalización e inmigración*), como contexto, describe cómo determinados hechos del mundo en que vivimos (globalización, nuevas orientaciones de la economía, crisis del Estado del bienestar, neoliberalismo) explican los movimientos migratorios a gran escala. El asunto, final, es si cabe gobernar la globalización en aras de una mayor justicia social. El otro capítulo, cifrado en la inmigración en España, se analizan algunos de los factores que han provocado el incremento de la inmigración en España, su evolución histórica, política migratoria cambiante seguida, etc., que ha dado lugar a que nuestras escuelas, dependiendo en mayor o menor medida según el contexto en que están enclavadas, se hayan vuelto multiculturales.

La Segunda Parte (*La construcción social de la diversidad cultural*), frente al enfoque político de la primera, se apoya en la psicología social, antropología y sociología, partiendo de que “no podemos intervenir como educadores interculturales sin entender cómo las personas construimos las diferencias en contextos de diversidad cultural, sin entender cómo creamos y mantenemos la xenofobia y el racismo” (p. 67). Por eso, el primer capítulo de esta parte se denomina *la construcción social de la diferencia*, analizando el proceso de aculturación en una sociedad multicultural, las identidades culturales como resultado de una dinámica y la construcción de la diferencia y su resultado más común, el racismo. Si el liberalismo, con su acento individualista, se queda corto; el multiculturalismo comunitarista no aporta soluciones, por lo que el interculturalismo se apoya más en una filosofía política del republicanismo cívico. En el espacio público común de la escuela, una ciudadanía “integrada” corre el grave riesgo de ser homogeneizadora o

asimiladora, pero una ciudadanía “diferenciada” según cada identidad cultural no nos llevaría lejos, dado que el derecho a la diferencia debe seguir siendo reequilibrado con el imperativo de la igualdad. Esto tiene consecuencias, como resalta el autor, en el enfoque educativo. Así, posteriormente, dice en un determinado momento: “los contenidos específicos de cada cultura deben también trabajarse, sin caer en una obsesión comunitarista. El desarrollo de los contenidos peculiares tienen como límites: la identidad universal que nos iguala a todos, la disidencia y la permeabilidad intercultural” (p. 244).

La tercera parte, titulada *La construcción de un currículum intercultural*, entra decididamente en el tratamiento educativo de la interculturalidad, analizando sus características y retos, los modos de construcción de un currículum intercultural, diferentes formas de llevar a cabo la educación intercultural (compensatoria, inclusiva) y la formación del profesorado. De este modo, Rafael Jiménez apuesta por constituir la educación intercultural como un paradigma y un amplio movimiento social, que no se limita a la acción escolar y pretende conseguir “una ciudadanía democrática activa y crítica, que abarca todos los ámbitos sociales y políticos” (p. 135).

En el capítulo 5 (*Interculturalismo y educación intercultural*), primero de esta parte, el autor apuesta por el *interculturalismo*, que entiende no sólo como una propuesta pedagógica, sino que exigiría unos espacios públicos e institucionales que posibiliten la participación, en pie de igualdad, de las distintas culturas. Por eso habla de “paradigma intercultural” o de movimiento social crítico, de lucha por una ciudadanía activa que abarca todos los ámbitos sociales y políticos. Por eso, dice, “la mejor educación intercultural es el reconocimiento social pleno de las minorías culturales” (p. 138) y, por tanto, se iguala con las luchas contra todas las formas de exclusión social. Con estos planteamientos de partida, hace una revisión de la educación intercultural en Europa y en España para acabar con la respuesta que la escuela española ha dado a los alumnos de origen inmigrante, así como los retos que tenemos planteados.

Qué grados y fases en la construcción de un currículum intercultural es objeto de otro de los capítulos, desde el currículum segregado al inclusivo, pasando por el currículum compensatorio. Por su parte, los dos últimos capítulos, más extensos, entran más operativamente en los modos de implementarlo en el aula y en el centro, es decir en la acción, recogiendo incluso propuestas de profesores. En una primera forma se ocupa del currículum compensatorio, como primera forma de abordar la interculturalidad, sin tener por qué suponer (excepto cuando se convierte en permanente) una segregación. Una respuesta compensatoria es aportar recursos adicionales a los alumnos en desventaja por su carácter inmigrante. Así se analizan los planes de acogida, las aulas de adaptación lingüística y la atención a los alumnos gitanos. Como anexos se recogen algunas experiencias de profesores.

Por su parte, el último capítulo (*El currículum intercultural inclusivo en la acción*) se dedica a estudiar experiencias inclusivas, más propiamente interculturales, describiendo los elementos curriculares (contenidos, actividades, recursos y evaluación) que las componen. El currículum intercultural, a diferencia del compensatorio, se dirige a todos los alumnos, no sólo a los inmigrantes. Un currículum común, básico e indispensable para moverse en la sociedad, que no renuncia a incorporar aquellos elementos de la cultura de origen, pero tampoco “contrahegemónicamente” pretende una formación “segregadora” de la cultura del país de acogida, bien puede ser la base de partida. El capítulo finaliza con unas referencias a la formación del profesorado en la interculturalidad y recoge –como anexos– algunos recursos disponibles para la educación intercultural así como un ejemplo de unidad didáctica.

El autor mantiene, a lo largo de las páginas, una concepción histórica y dinámica

de la cultura, dependiente de su construcción histórica, que impida la recaída en identidades culturales como entidades sustanciales y fijas. No obstante, hecho en falta una formulación más fuerte y consistente de lo que significa la ciudadanía y cómo ésta, con un origen excluyente (los que no son ciudadanos), deba ser reformulada –en una perspectiva “compleja”– para incluir lo común y lo diferencial. Sí deja claro, en cambio, como la reivindicación identitaria puede llegar a ser contraproducente con la lógica cívica de la educación ciudadana. Al respecto, el objetivo de la educación pública de integrar a la ciudadanía en unos principios y valores compartidos tiene –entonces– que ser actualmente reformulado, para compatibilizar dicho fin con el reconocimiento de las diferencias de cada grupo o con los contextos locales comunitarios. Cómo se haya de hacer operativamente es lo que Rafael Jiménez examina ampliamente en los tres últimos capítulos de su libro.

El libro forma parte de la colección “Ideología, pensamiento y educación” de las Publicaciones del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular. El índice inicial del libro, además de los títulos de partes y capítulos, podría incluir los subtítulos de los apartados en cada uno de los capítulos, lo que haría más manejable el texto tan extenso. A su vez, la tipografía empleada de modo tan plano, donde la misma tipografía, incluso con escasas cursivas, impide resaltar elementos; lo que la hace poco atractiva a la mirada, si no es por el interés mismo de la argumentación desarrollada. Por último, aunque toda la bibliografía manejada está en castellano, ésta se hace reflejo de los planteamientos que se han dado a nivel internacional, especialmente anglosajones, que el autor emplea de manera precavida para no transferir planteamientos ajenos.

Si bien la multiculturalidad, como hecho, ha de recibir un tratamiento adecuado a la altura de nuestro tiempo, como puede ser la educación intercultural; el reto actual es que el resurgimiento del multiculturalismo es más resultado del fracaso (como es claro en USA con el *melting-pot*) del ideal de una ciudadanía integrada. Justamente es el fracaso del proyecto integrador el que provoca la solución de ciudadanía diferenciada. En un buen ensayo (*Comunidad*), Zygmunt Bauman defiende la tesis de que el reconocimiento multicultural es resultado de la renuncia a la igualdad de ciudadanos, como un efecto del poder que prefiere, en la fase actual de modernidad “fluida”, justificar el confinamiento de las minorías étnicas. La defensa del multiculturalismo, como ha dicho Flores d’Arcais, “constituye, de hecho, el sucedáneo consolador de una revolución aplazada: la de los derechos cívicos y de una ciudadanía para todos”. Por eso, no resulta fácil conjugar social y educativamente la lógica de los derechos cívicos con la lógica del multiculturalismo. Hemos, pues, de ser precavidos para que se no nos “cuele” –en aras de lo “políticamente correcto”– como pensamiento progresista postmoderno en educación, la renuncia a la lucha por la igualdad para todos, que es -en definitiva- la reivindicación de la ciudadanía. Al respecto, Neil Postman, oponiéndose a determinadas corrientes del multiculturalismo postmoderno americano, ha sido muy claro: “el objetivo de la escuela pública no es volver negros a los negros, coreanos a los coreanos, o italianos a los italianos; sino forjar ciudadanas y ciudadanos. La alternativa multiculturalista conduce, de forma bastante evidente, a la ‘balcanización’ de la escuela pública o, lo que es lo mismo, a su fin”.

Antonio Bolívar